

## El sufrimiento

El pueblo de Israel -al igual que los pueblos latinoamericanos- no aborda el tema del sufrimiento desde un punto de vista teórico o especulativo. Más bien reflexiona sobre esta realidad, constatando la inevitable presencia del dolor en sus propias experiencias históricas. La enfermedad, la violencia o la muerte son introducidas en los relatos bíblicos con la naturalidad de quienes entienden que se trata de realidades humanas que deben ser afrontadas: el dolor es parte de la vida humana (Ecl. 2:22-23).

Sin embargo, las mismas experiencias históricas vividas en la fe, obligaron a una permanente elaboración teológica que permitiera comprender la acción de Dios en medio de ese dolor y la respuesta adecuada de la persona creyente. Los textos bíblicos dan una evidencia clara de cómo las concepciones sobre el sufrimiento se fueron haciendo cada vez más elaboradas y complejas a medida que avanzaba el proceso revelatorio y se hacía más densa y aquilatada la fe del pueblo de Dios.

Más pronto que tarde, la concepción de un Dios de fidelidad, misericordia y justicia obligó a preguntarse cómo podía ser compatibilizado el sufrimiento con el carácter de Dios. En una primera etapa, el sufrimiento era percibido como una especie de fatalidad que debía tomarse con resignación, o (lo que se hizo más común) como la consecuencia inevitable del pecado humano. El sufrimiento era la retribución que recibían los pecadores por apartarse de Dios (Dt. 29). La acogedora vida comunitaria y tribal permitía, acaso, resguardar a la comunidad de otras formas del mal y mantener al día “las cuentas” entre pecado y sufrimiento.

Pero las grandes crisis nacionales implicadas en la construcción del estado monárquico, las derrotas a manos de los enemigos, el desarrollo de estructuras injustas al interior del pueblo de Israel y la experiencia traumática del exilio, agudizaron la búsqueda de otras respuestas que rebasaran a las tradicionales. Apareció la figura distintiva del justo que sufre (Job; Sal. 73). Y la exhortación a éstos a no abandonar el camino de la fe ante el escándalo del aparente triunfo de los malvados (Sal. 37). Ese escándalo que, al igual que en nuestra América Latina, desafía a la conciencia creyente ante lo que parece el imparable avance

de la injusticia y la opresión, agudizó la sensibilidad teológica y quebrantó las respuestas dogmáticas tradicionales.

Se puso en discusión el “dogma” deuteronomista sobre la proporcionalidad de las retribuciones en vista a la creciente desarticulación social (Job 9: 21-24; 24:1-17; Ecl. 7:15; 8:10-14). Contexto en el cual era necesario repensar la acción de Dios en medio de un mundo en el que la manifestación de la justicia divina apropiada y oportuna, ya no estaba garantizada (Sal. 74: 1-23).

La tradición profética enfatizó la presencia de la injusticia dentro del propio pueblo de Dios para explicar el sufrimiento humano, pero ya no sólo como retribución divina, sino como realidad humana. La opresión y la injusticia a escala social bajo la responsabilidad de las clases dirigentes fue denunciada (Sof. 3:1-8; Miq. 3:1-3); así como la idolatría generalizada, puerta de entrada a todas las prácticas del paganismo. Frente a todo esto, Dios intervendría con experiencias de juicio para llevar al pueblo a la reflexión y el cambio. El sufrimiento comenzaba a convertirse en un pedagogo capaz de enseñar el camino de regreso a Dios y a la ley. Sin embargo, la dimensión de estos juicios divinos también suscitaron la pregunta creyente sobre el sentido del sufrimiento, máxime cuando éste aparecía provocado por Dios mismo (Hab. 1:13-17)

El Nuevo Testamento da un enorme salto adelante en la consideración del sufrimiento dentro de la vida de fe. En los evangelios, vemos a Jesús combatir las ideas tradicionales que de una manera mecánica relacionaban al dolor con el castigo divino (Jn. 9:1-2; Lc.13:2-10). En la perspectiva de la predicación de Jesús, la vida del Mesías era una vía dolorosa que lo llevaba a la muerte (Mr. 10:32-35), pues ese sufrimiento adquiriría un sentido redentor (Mr. 10:45). Y por lo tanto, sus seguidores se debían armar de un nuevo enfoque para considerar el sufrimiento como parte de su propio llamado y seguimiento (Mt. 5:11-12).

Luego, en las cartas, continuamente se utilizará el ejemplo de vida de Jesús como un aliciente para los cristianos que padecen persecución u otras pruebas (1º Pe. 3:17 y 18) como parte natural del combate del Reino de Dios en el mundo. En la identificación de Cristo con el sufrimiento humano y luego de los creyentes con el sufrimiento de Cristo, puede resumirse un modo de entender el sentido del Evangelio mismo (Heb. 2: 6-11). Padecer con Él es condición para reinar con Él. En ninguna parte el Nuevo Testamento promete a la iglesia o a los creyentes que serán librados del sufrimiento. Por el contrario, la invitación es a

participar de los padecimientos y el vituperio de Cristo, porque ésa es la manera de participar de su Reino y su destino en un mundo habitado por la maldad. Para la perspectiva del Nuevo Testamento, el sufrimiento aquilata la fe (1ª Pe. 1:6-7) y en nada se contradice con la vida cristiana victoriosa, sino que más bien es su condición (Stg. 1:2-4). Esto no es negar la justa y necesaria esperanza de la abolición del dolor, sino reconocer que ésta queda reservada a la esperanza escatológica, es decir, no es de ni para este mundo (Ap. 21:4).

Lamentablemente, algunos movimientos y líderes religiosos en América Latina han promovido una confusión entre la fe legítima en el poder de Dios para hacer milagros y una teología deformada que da como seguro la sanidad física o la prosperidad material. Sin embargo, el consuelo frente al dolor del que nos habla la Biblia no es la resolución mágica del sufrimiento, sino la fe que convierte el dolor propio en consuelo y fortaleza para otros (2ªCo. 1:4-6).